EL REBAÑO DE JAUNZAR

por Jesús María Zuloaga Zuloaga

«... Son cientos, seguramente miles. Todos cegados cuando nacidos, no ciegos en el seno meterno...»

El hombre desnudo de carnes blancas como la leche, sin apenas vello en la piel, una piel de recién nacido a la luz, al aire y por tanto al viento y a las lluvias, al rumor de la vida en torno, parecía ciego y lo era. Ojos muertos pero azules. Ojos temblorosos entonces. Hablaba sin cesar un idioma áspero y seco, con voz entrecortada que los suspiros y la congoja trocaban en dulce murmullo lacrimoso.

Yo y no otro le descubrió al pie mismo de la verja de hierro forjada, levantada sobre muro de piedra sillar: en la entrada enorme de la Mansión de la Gran Familia: un portalón hecho de troncos de álamo afilados como lápiz de escolar diligente y cumplidor. La verja medía justo el perímetro de la colina, quince kilómetros, y el portalón no sé. Era como los de los castillos medievales, pero sólo de madera trabada por cola y mimbres. Nada de ferretería, «sacrílega» en el caso de la original construcción rústica.

Me acerqué a él, mientras atardecía el otoño de un septiembre en el segundo sábado del mes. La marea viva había dejado ausencia, vacío y múltiples y pequeñas agonías sobre la arena hirviente de diminutas criaturas marinas, bruscamente privadas del agua que, con idéntica urgencia alcanzaría su colmo en la pleamar, hasta henchir de vida la orilla, los arrecifes, la costa entera por donde trepaban las olas vencidas, como brazos desesperados de náufragos invisibles, tierra adentro.

Estábamos solos.

Le toqué en el hombro y deseando que pudiera entender mi intención le dije acercando mi boca a su oído:

—Voy a grabar cuanto diga. Mientras corro a buscar un médico, hable sin temor. Hay una hora para ello. Yo volveré mucho antes.

Y le dejé allí blanco, tembloroso, con el zumbido del dictáfono como compañía.

Había callado él lo justo para escuchar mi voz, como si la sorpresa de mis palabras inesperadas le revelaran algo inteligible. Pronto reanudó su hablar. Acaso —¡ojalá fuera así— «comenzara» de nuevo su relato, su mensaje...

Cuando volví, ya de noche —¡era un fácil temor confirmado!—, nada se advertía de él, salvo la huella de su peso en la tierra. Pero n porque hubiera huido por sí mismo...

Muerto antes... o ahogado en la abundancia de la marea, vimos su cuerpo entre sumergido y flotante, poseído por la cadencia de una danza de luces, nácar y verde profundo, dirigida por la batuta de los rayos de luna que barnizaban de lividez las carnes, ya casi grises, del hombre desnudo, ya mudo para siempre, con los ojos abiertos, muertos pero azules.

Temí por el dictáfono. Entre un puñado de algas secas, intacto, zumbaba aún en los centímetros finales de la cinta.

Después todo fue vulgar. Una nota en los periódicos (en el mío, recuadro a una columna en primera página) y.. ¡yo con los sesenta minutos de declaración de aquel testigo en mi poder, joya que presentía valiosa, seguramente reveladora de algo formidable, es decir, «temible, asombroso, amedrentador»!

Una y otra vez escuché aquella larga aparente jerga, cargada de emoción en las entonaciones, de súplica y desánimo en muchos puntos. Tres palabras me parecieron lejanamente reconocibles como puertas entreabiertas al misterio: «meuk», «guisonak» y «lastanak». Sí, yo las había escuchado más de una vez en las conversaciones de ciertas agrupaciones de ganaderos y labradores, a uno y otro lado de la cordillera fronteriza. La primera de ellas, «neuk», la recordaba también como parte de una historia de naufragio en la costa de una isla del archipiélago japonés, cuando, desde el interior de la vivienda iluminada, aledaña a la playa, preguntaron a los supervivientes: «¿Nordak?» («¿Quién es?... ¿Quiénes sóis?») y estos contestaron: «Neuk» («Nosotros»). Y así lograron entenderse, a pesar de la extraordinaria distancia geográfica que separaba a unos de otros.

Acudí pues a Lushio, anciano discreto y sabio, profundo conocedor de la milenaria lengua que yo presumía emparentada con la palabra del desnudo moribundo. Hombrachón sorprendente, recio, alto y arrogante; abundante cabellera blanca, corona de respeto sobre su vestimenta siempre negra, salgo en la camisa, sin cuello vuelto, que era blanca. Todo lo demás, como digo, aparecía negro, hasta las alpargatas.

Pues más blanco que su pelo quedó todo él cuando terminó de escuchar «aquello».

—Sí... lo he entendido todo... ¡No puede ser verdad!... ¡Jesús!...

Se dejó llevar aturdido hasta la redacción y en ella, con otro dictáfono abierto como oído insaciable a su lado, comenzó a decir la traducción simple de lo que por segunda vez escuchaba. En la tensión de su cuerpo, en la crispación de sus manos y en la luz quebrada de sus ojos colmados de espanto se consumaba el prólogo único que hubiera podido ponerse por delante del mensaje del hombre desnudo, blanco como la

leche.
(Dejadme, sin embargo, que os diga de mi sola parte: ¡casi cuarenta años he despilfarrado en el servicio mercenario como director de periódicos! Es esta la primera vez que publico, en todo este largo tiempo, una verdad desnuda. Hasta hoy, fui «sastre púdico» al servicio de la envidia y el miedo, eficaces motores de la vida nacional, en los telares que poseen dinásticamente los hijos de la prolífica mediocridad trepadora, siempre ubicados allí donde brota la ocasión que les facilite el ejercicio del poder y el disfrute de las fuentes de riqueza...; pintados de virtudes, trascendidos de «vida interior», calificados intachables con público certificado de buena conducta, coleccionistas de ejemplaridades... para engaño vil de cuantos, miopes forzados, al través de cristal mentiroso, jurarán que ven en ellos futuros «santos» y no vampiros; ¡tampoco!, sacerdotes de farsa en un constante ofertorio de negocios para un dios de oro, receptor estúpido de sacrificios malditos, en los que se queman las entrañas de talentos arruinados —sonrisas truncadas— de los que, como yo por ejemplo, nacieron para bandera o verso de canción y concluyeron en peldaño esclavo. ¡Esta vez, amigos, me la juego a un solo envite! Mañana será otro, también mercenario, quien ocupe mi despacho, bruñido con tanta responsabilidad perdida. ¡Que Dios le depare ocasión como esta que hoy me redime y, hasta entonces le asista con el triple indispensable suministro: disimulo, astucia, resistencia y fortaleza de «pollino arreburra» para poder sobrevivir. Ya veo que salieron cuatro en vez de tres. También ellos me dijeron al empezar que sólo había un solo Dios... para luego demostrarme sin recato que existirían tantos como ellos precisaran. Aquí todo se arregla.)
Decía así el mensaje:
«Si Jaunzar no hubiera muerto, yo no estaría aquí, fuera del aprisco sin cielo ni estrellas, sin sonidos como los que ahora advierto y me dejan saber que hay otra vida distinta ala de dentro; sin el aire nuevo (¡Jaunzar venerado, tú me ensañaste que su soplo se llama viento!), libre de los «vitales» que nutren los «vocales» que ordeñan... ¡maldita telaraña de tubos que nos aprisionan!
Ya, todo lo sé por gracia de Jaunzar. Si no, ¿cómo podría hablar como él hablaba, con dos mundos como testigos, mejor dicho, con imágenes distintas, diferentes que son curso libre para mi pensamiento antes sujeto a sólo una suerte de cosas comprendidas en la subterránea ciudad que esconde la colina, limitado todo ello al ejercicio de cuatro de los cinco sentidos; tacto, olfato, gusto y oído?
¡Id por mis hermanos!... ¡No tardéis!... Son cientos, seguramente miles. Todos cegados cuando nacidos, no ciegos en el seno materno.
Iba a contaros ahora como fue la muerte de Jaunzar, punto de partida de todo esto. No. Debo urgiros con al realidad palpable (yo toco, no veo) de nuestra existencia en el aprisco truculento de la colina, cimientos de la Mansión de la Gran Familia.
Oíd.
Somos cegados cuando nacidos, ya lo dije. Imaginad el momento en que el uso de la razón nos hace partícipes conscientes de la vida en común. ¡Espantosa pero no culpable crueldad! ¡Nefasta razón necesaria!
Sabemos por el tacto la estatura del hermano, su sexo, su edad (la piel de los que envejecen es terciopelo raído, la del joven, prieta y enteriza seda). Oído, gusto y olfato están vigilantes para completar en su momento la definición.
Nacíamos, crecíamos, nos desarrollábamos y moríamos...
Fue este fenómeno el primero que interrumpió la fría, suave, cómoda, insípida regla en que la población del aprisco se movía.
En nuestra memoria estaban todos los itinerarios, los únicos caminos. Además, en los últimos años, el avance del progreso llegó también al aprisco del rebaño y así era técnicamente imposible que ocurriera algo distinto a lo dictado por la Jerarquía de la Mansión desde arriba.
Más yo caí al suelo porque un cuerpo hermano estaba derribado en él. Así me dije; así me aconsejé; así resolví; así actué:
«Mi mano derecha avanza. Desconozco la disposición en que el cuerpo se encuentra. La izquierda busca medio metro al otro lado. Toco el fin y es el frío de la muerte. Antes de seguir, me incorporo, para reflexionar porque el descubrimiento no debo hacerlo yo, según el precepto establecido para los casos de óbito. El suave silbido de las máquinas refrigeradoras, ya familiar no se interrumpe... pero tal vez un rumor, algo así como un roce continuado, se haya producido en la armonía ambiente. De nuevo agacho el cuerpo y extiendo las manos... ¡Es imposible!... el tacto me «dice» que es líquido caliente aún y... el olfato y el gusto (porque precipitadamente gusté aquello para disipar mi temor) me declaran que aquello es sangre. Y tras la siniestra aclaración, una risa forzada me llama por mi nombre y dice:
—¡Eres tonto!... Caíste en la broma...
—¿Broma?... Y, ¿la sangre que he tocado, olido y gustado?
—Un poco de la que me dieron para mi plan en el centro de las «vocales».
Callé. Estaba seguro de que alguien había muerto allí mismo. Luego, días antes de las revelaciones de Jaunzar, supe que un hermano se había quitado la vida invirtiendo los tubos «vitales» y «vocales», es decir, «ahogado» por su propia sangre... »
¿Verdad que no entendéis aún de qué os estoy hablando?
Una vez más lo subrayo: si Jaunzar no hubiese hablado conmigo antes de morir, todo lo que yo contara acerca de la «vida» en la entraña de la colina, en el aprisco del rebaño de ciegos-cegados, sería cabalística narración literal de hechos mecánicos conducentes a un fin. Pero Jaunzar habló. Por ello, este es el punto

en que la Historia debe ocupar su sitio. De otro modo, lo que en estos momentos ocurre en el aprisco concluirá en la represión más brutal que imaginar se puede y al fin en el retorno a la «normalidad» del rebaño... para que la «vitalina» continúe enriqueciendo a la Gran Familia en dineros, fama y honores.

1900. Siglo XX. En la zona minera entran dos palabras desconcertadoras: monopolio y cooperativa. La primera supuso la concentración de toda la riqueza en una sola mano, la del fundador de la Gran Familia, Charrijaun. La segunda, el comienzo de una esclavitud cuya primera expresión externa fue la acuñación de una moneda, las «chapas» que sólo circulaban en la cooperativa de la mina (patatas viejas, tocina rancia, chorizo rebozado de mugrienta floración verde, legumbres con gorgojos, vino arruinado en vinagre repugnante...). Un grupo quiso protestar. Fue a más la iniciativa y... semanas después el monopolio organizó una gran fiesta, para bautizar con nombre propio a la mina total y... ¡extraño!... para premiar a las cien mujeres lactantes que demostraran mejor calidad y cantidad suficiente en su producción. Corrió el vino, y lo que en él se puso con infernal propósito y, al día siguiente, las cien mujeres y otros tantos hombres, maridos o no de algunas de ellas, desaparecieron del lugar. El monopolio organizó una comisión para investigar y puso al periódico... propiedad de Charrijaun a disposición de los que lucharon contra el silencio para aclarar el suceso. Un reportero que, embriagado de tintorro sucio, dijo no sé que sobre algo que había escuchado en la taberna de la mina, total, también desapareció.

Sepamos ya la verdadera verdad. ¡Acababa de nacer el aprisco del rebaño, puesto que aún la colina no había sido dispuesta en sus horrendas tripas para la misión que la haría famosa más tarde!

Y, ¿quién era Charrijaun? No se trataba de un apodo. En el idioma que se hablaba entonces, que fue el que entró con los doscientos en la colina, quería decir «sucio hombre». Y todos sabemos que, de algún modo, los apellidos suelen nacer de las obras de los ostentadores del nombre propio que precisará de la corroboración de dicho apellido.

En el puerto por donde el mineral salía, los viejos zurcidores de redes hablaban de un viaje que Charrijaun hizo a Servia, tierra de legendarios vampiros (los famosos Vourdalak). Desde entonces y con el testimonio de los que aseguraban que comía toda clase de carnes crudas le quedó el apellido como queda dicho, porque el auténtico era casi idéntico: Arrijaun, es decir, hombre de piedra. De «Arri» a «Charri» sin embargo, discurría nuestra historia.

Los Charrijaun fueron los primeros en salir de los límites para ellos escasos de los valles mineros, de las zonas portuarias estrechamente relacionadas con la Gran Bretaña y la fabricación de sus aceros.

Tónicos farmacéuticos de todas clases, jarabes, concentrados para la fabricación de caldos, sopas y platos apetitosos; cosméticos, pinturas industriales de resistencia ilimitada tanto en tierra como en la protección de los metálicos cascos de los barcos... refrescos , tintes, cremas rejuvenecedoras... Los Charrijaun alcanzaron la cima de las grandes fortunas mundiales y así siempre, desde los primeros años del siglo hasta este de 1981 ocuparon uno de los tres lugares iniciales de las diez familias regidoras del comercio multinacional.

Jaunzar (hombre longevo; hombre viejo en el entrañable sentido del concepto anciano) fue uno de los cien que entraron en la colina con las cien. «Debió ser una borrachera que duró más de una semana. Cuando desperté, asombrosamente sin «resca» no veía y tampoco los demás. Quisimos preguntar dónde estábamos y porqué y para qué y como nadie había nada pudimos saber.

Un día, desde alguna oquedad la voz que desde entonces daría órdenes inapelables, no orientó hacia un lugar en donde habríamos de permanecer un tiempo siempre igual, con unos tubos (los «vitales») en la nariz. La voz dijo en la primera orden: «Dios insufló espíritu al hombre por la nariz, según reza el Génesis. Por ella daréis vosotros la vida que os sobra. Y también nariz adentro os irá la reposición de fuerzas, además de por el año, la boca y las venas (estos serían los tubos «vocales»)».

Cada diez años, entraban otras tantas mujeres cegadas de las que sólo podíamos saber que habían sido probadas y aprobadas para la reproducción y el suministro de «energía» ala cumbre de la colina.

Yo —suspiraba Jaunzar— pensé mucho en cómo escapar; pero parecían leer en mi pensamiento y me vigilaban más que a los otros. Después, tú ya lo sabes, la televisión y los programadores hicieron el resto...

Ciego-cegado y todo, me propuse actuar.»

Jaunzar me había borrado de ilusiones por lo que a la fuga podía referirse. Mas algo, ¡algo cielo santo! Podría hacerse, debía hacerse.

Se me ocurrió en lo que ellos llaman «zona vitalinovocalizadora». Circuito de televisión cerrado y escuchas or doquier hacían de cualquier movimiento nuestro, de cualquier sonido motivo de atención o alarma. Pues bien, me serviría del sonido ya que la imagen de nada podría valernos...

Grité como lo que era. Un animal esclavizado... Una retenida fiera inteligente. Grité coherentemente porque estaba seguro de que muy pronto los circuitos apagarían su fluido para estar en silencio además de a oscuras. Pero fue lo suficiente.

Todos rompieron a gritar como yo y a arrancar de sí los tubos.

Comenzamos las carreras y los choques entre nosotros mismos.

No nos importaba el dolor.

Presentíamos la libertad.

Pero cuando ya agotados, sudorosos, malolientes (la refrigeración también había cesado) quisimos preguntarnos por el resultado del motín, nos respondió el silencio...

Horas después, la voz, biznieta de aquella primera, rió:
—Seguid así. Nos corre prisa. Tenemos repuesto preparado.
Entonces, gateando, fui con las manos como antenas yendo poco a poco hacia donde el corazón me decía que podía estar un pasadizo también presentido por Jaunzar.
Mis manos tocaban carnes húmedas de cansancio y lágrimas. A otros, gimiendo mientras se arrastraban, les sentí avanzar hacia los tubos que mordía en su propio cuerpo buscando la muerte.
También a una mujer que iba a dar a luz otro esclavo, al notar mi proximidad me suplicó:
—¡Mátalo como puedas! Y mata a los de arriba cuando salgas.
El tacto por delante, el olfato y el oído a punto de asfixia, el gusto atropellado por el aire casi gelatina de ascos, seguí.
Jaunzar decía que en septiembre la marea viva, si alcanzaba la máxima altura, vacía una cueva que vuelve a llenar minutos después.
Debía darme prisa.
Pero antes, de rodillas, recé a quien sabía: al Sol y a la Luna.
Jaunzar me había dicho:
—Si ellos (la estrella y el satélite) quieren, las mareas serán todavía más vivas.
Los gritos de mis hermanos eran estertor de confusión. Se habían alejado de los tubos y morían sin recibir porque no podían dar. Oí en aquel momento pasos distintos. Eran los de arriba que no querían perder a sus «ovejas». Los «buenos pastores» de la Gran Familia, los hijos de los hijos de los hijos del inmenso cerdo («charri») que inventó el monopolio y la cooperativa y la s «chapas».
Pisaba cuerpos. Era inevitable.
(¡Oh, padre Sol, oh madre Luna!)
Imaginado o real, sentí un olor nuevo que se convertía en brújula. Seguí adelante. Alguien mordió frenético mis piernas. Me deshice de él llorando, implorando su perdón hasta estrangular su respiración. Ya llegaba. Aquel ruido debía ser el mar que conociera el centenario Jaunzar.
Después, caí rendido y debí soñar en voz alta.
Luego, usted, quien quiera que sea, me puso al lado de un zumbido monótono. Pero había hablado usted con tono acariciador. Y seguí hablando hasta quedar dormido.
¡Dios... o el Sol y la Luna con El tengan piedad de mis hermanos!

* * *

La primera página de mi periódico decía.
«La Gran Familia, los Charrijaun, ochenta años asesinando.
En la entraña de la colina vive un rebaño humano de seres cegados.
La industria de los Charrijaun, nace en la sangre humana
La Gran Familia lleva tres cuartos de siglo convirtiendo en vampiros a cientos de millones de seres humanos...»
¿Saben usted cómo terminó mi aventura?
Los Charrijaun habían dado al mundo dos presidentes de gobierno, cuatro ministros y un premio Nobel de Física. Por su contribución particular para la mitigación del hambre en el tercer mundo, y candidatos para el de la Paz.
Sí, han acertado ustedes.
Ahora estoy recluido en un manicomio junto al mar.
Doy gracias a Dios (y al Sol y a la Luna) porque estoy vivo.
Ellos vaciaron la colina.
Los intereses de la sangre, a un tanto por ciento gigante en Bancos de Suiza y Panamá, les permitirán seguir «tirando».
Alguien dijo que el capital estaba amasado con sangre humana.
Debía referirse a los Charrijaun.
¡A todos los «charrijauns» que todavía existen en este mundo de rebaños cegados, «vitalizadores», a cambio de una libertad con solo cuatro sentidos que no permiten repetir la filosofía del viejo dicho: «Ver. oír y callar».
Porque, a juzgar por la repercusión que debiera de haber tenido, nadie dio crédito alguna a la declaración del hombre desnudo... ni tampoco al suicidio del decano del «Charri», clavado en la punta de los álamos del portalón, como los vampiros auténticos.
Se dijo que había muerto de infarto.